

Una mirada más humana de la ecología

Carlos CACHÁN

Director de la Cátedra Nebrija-Fundación Santa María de Desarrollo
y Medio Ambiente, y, profesor de Periodismo de Investigación

Recibido: 23 de octubre de 2006

Aceptado: 22 de enero de 2007

Uno de los cambios más espectaculares en nuestra visión del mundo natural es que la Tierra (Ecosfera + Tecnosfera) no es un sistema cerrado de capacidad limitada sometido a presiones por la creciente población mundial. Es dinámico, lleno de estados cambiantes y futuros diferentes.

La naturaleza no es un lugar bonito y pulido: es un continuum dinámico y, a menudo, violento. Es un conjunto de complejos sistemas de retroalimentación que intercambian información sin cesar y crea continuamente nuevas situaciones y nuevas ecologías.

El elemento más importante en un sistema de extremo abierto es la especie humana. «La humanidad es más representativa de la naturaleza que ninguna otra cosa. Lo más representativo», afirma Frederick Turner, profesor de Arte y Humanidades en la Universidad de Texas, Dallas (Estados Unidos).

Es importante la relación entre vida y naturaleza. La visión tradicional de la ciencia es que la Tierra cambia con lentitud y uniformidad, y que le afecta muy poco la vida alojada en ella, ya sea de plantas, animales no humanos, hongos y bacterias. Al fin y al cabo, la masa total de los seres vivos es una fracción minúscula dos décimas de una parte en mil millones de la masa del planeta.

Ahora hasta los geólogos, que estudian el aspecto menos cambiante de la Tierra, han visto esa interacción. La teoría de la tectónica de placas muestra que el cambio gradual de éstas ha alterado la distribución de la vida en el planeta, y que ciertas formas de vida han evolucionado a fin de aprovechar las ventajas del cambio geológico.

ECOSISTEMA ABIERTO Y COMPLEJO

De este u otros hallazgos va surgiendo poco a poco una nueva visión de la naturaleza. Ya no es posible verla como un gran mecanismo de reloj, que funciona de forma lenta, deliberada y estable. Según la hemos empezado a conocer, la naturaleza es un mosaico de sistemas complejos, donde pasan muchas cosas a la vez y en el

que cada sistema sufre cambios en muchas escalas de tiempo y espacio. «El ser humano, lejos de ser un extraño intruso que perturba el ritmo intemporal de la naturaleza, es un elemento intrínseco del orden natural», como acertadamente sostiene Daniel Botkin, uno de los más reputados ecólogos, profesor de biología y estudios sobre el ambiente en la Universidad de California en Santa Bárbara.

Las respuestas a las viejas preguntas: ¿cuál es el carácter de la naturaleza no alterada?, ¿qué influencia tiene la naturaleza sobre los seres humanos? y ¿qué influencia tienen los seres humanos sobre la naturaleza?, no pueden considerarse hoy como compartimentos estancos: aire, agua, suelo, plantas, animales y hombres (Ecosfera), por un lado; y tecnología, cultura y sociedad (Tecnosfera), por otro. Conforman un sistema único, interdependiente, abierto y complejo.

No le es fácil al hombre occidental hijo de la visión mecanicista de Descartes y Newton y del progreso indefinido abandonar la creencia del equilibrio y la armonía en la estructura del mundo biológico para recuperar la verdadera idea de armonía del universo, que, como Plotino escribió en el siglo III, es discordante en su misma esencia.

Teniendo en cuenta, pues, que la naturaleza es orgánica y siempre cambiante, el ser humano tiene la responsabilidad de lograr una armonía dentro de esas discordancias.

PESIMISMO APOCALÍPTICO

Sin embargo, en la cuestión ambiental aprecio gran dosis de pesimismo entre mis colegas. Tras la lectura pausada de las más importantes noticias ecológicas (informaciones y opiniones) publicadas en los últimos años, la conclusión que aportan es tan clara como falsa: «allí donde interviene el ser humano provoca daños ambientales en el mundo. Todas las medidas que contribuyan a frenar el crecimiento de la población contribuirán a mitigarlos. Cuantos menos gente nazca en el Tercer Mundo, el Edén de la biodiversidad, mejor para todos».

Pesimismo apocalíptico, fruto de una visión equivocada del hecho ambiental, que distorsiona la realidad y la complejidad de la dinámica ecológica. Pero que casa perfectamente con la concepción modernista del ecosistema de los medios de comunicación: concentrar la atención en problemas, deficiencias y amenazas. Como resultado, la mejora de la condición humana permanece sepultada bajo una avalancha de desastres ampliamente difundidos. Paradójicamente, cuando nuestra época es la primera generación desde el alba de la Historia que puede llevar las ventajas de la Civilización a todos los hombres y mujeres del mundo.

Como recuerda el profesor Ángel Ramos, la naturaleza es el espacio vital del hombre. La humanidad como especie está llamada a explorarla, descubrirla con prudente cautela y a hacer uso de ella salvaguardando su integridad, porque debe sentirse responsable de ella frente al resto de los seres vivos y reconocer la dignidad propia de las cosas, el respeto que merecen. «Pero la naturaleza no tiene dere-

chos. No es impropio hablar de derechos de los seres vivos; pero no son derechos personales, ni están en el mismo plano que los humanos».

Puedo compartir la visión —basado en la experiencia— de los que dicen que la Naturaleza ha sido maltratada de modo patente por el hombre, en su propio perjuicio. Incluso de los que afirman que en las actividades humanas puede hallarse el origen de la extinción de algunas especies a las que el hombre en su devenir histórico ha aniquilado por sobrecaza, sobrepesca o sobrerrecolección, a través de actividades competitivas y depredadoras, las enfermedades introducidas por la especie humana y mediante la destrucción de los ecosistemas.

ALGO MÁS

Pero me niego a dejar aquí las cosas, haciendo del hombre el gran destructor de la Biosfera e, incluso, de la Tecnosfera. Porque he comprobado que el ser humano es algo más que expoliador y destructor. Y es ese más, precisamente, lo que a duras penas atisban hoy los medios de comunicación, sobre todo la prensa y la televisión. Aunque no se les puede colocar indiscriminadamente a todos en la misma casilla de la visión negativa del hombre y de su misión en la Tierra.

Los bosques húmedos tropicales son tal vez las comunidades de especies más diversas y polifacéticas de la Tierra. ¿Acaso están más cargadas de claves y códigos refinados que, digamos, la catedral de Burgos, la Biblioteca Nacional o el Museo del Prado?

A los científicos sociales personalistas nos preocupa la imagen mediatizada de la humanidad en los medios de comunicación: una muchedumbre vasta y amorfa, que destruye sin el menor escrúpulo la armonía más antigua y delicada del planeta. Tal imagen —casi un artículo de fe— no es una descripción del todo inexacta de la situación actual en algunas partes del mundo.

Pero este supuesto está contaminado desde su misma raíz. ¿Por qué? No he encontrado mejor explicación que la del ambientalista Commoner: «Si se ignora la tecnosfera (el medio ambiente construido por el hombre), la crisis ambiental puede ser definida en términos puramente ecológicos. En este caso, los seres humanos son considerados como una especie peculiar, única entre los seres vivos, que está condenada a destruir su hábitat. De este modo simplificada, la cuestión atrae soluciones simplistas: reducir el número de personas, limitar su participación de los recursos naturales, proteger a todas las demás especies del intruso humano dotándolas de derechos».

Es lo que se hace hoy desde los medios de comunicación, tanto nacionales como internacionales. Prensa, radio y TV —ahora también los medios electrónicos en Internet— emiten continuamente este mensaje: «Un mayor número de personas implica un uso más intenso de los recursos básicos, más contaminación ambiental, más pobreza y una pérdida mayor de la biodiversidad, y todo eso tendrá que cesar algún día. No podemos seguir así para siempre, porque el mundo es finito».

Consecuencia: «si queremos suprimir la pobreza, conservar el medio ambiente y conseguir un desarrollo humano, no queda más remedio que controlar el crecimiento de la población».

Tales hipótesis, a fuerza de repetirlas machaconamente en sus informaciones y comentarios, se convierten en leyes científicas de validez universal. Lejos de plantearse el problema del desarrollo en todas sus dimensiones, sobre todo económicas, sociales y políticas, considerando el apoyo urgente que debe prestarse a las zonas del mundo más desfavorecidas, el saneamiento de la economía mundial y la modificación de los hábitos de consumo occidentales, predicen unos pronósticos sombríos y amenazadores, que podrían llegar a amedrentar a la sociedad civil incluso de los pueblos más necesitados.

RESPONSABILIDAD ECOLÓGICA

La cuestión ecológica ha tomado ya tales dimensiones que implica la responsabilidad de todos. Pero si falta el sentido del valor de la persona humana, aumenta el desinterés por los demás y por el medio ambiente. Es urgente y necesario educar en la responsabilidad ecológica: responsabilidad con nosotros mismos y con los demás, responsabilidad con el ambiente.

«Es una educación que no puede basarse simplemente en el sentimiento o en una veleidad indefinida. Su fin no debe ser ideológico ni político, y su planteamiento no puede fundamentarse en el rechazo del mundo moderno o en el deseo vago de un retorno al paraíso perdido. La verdadera educación de la responsabilidad lleva consigo una conversión auténtica en la manera de pensar y en el comportamiento», repitía con frecuencia Juan Pablo II.

El auténtico progreso se logrará si creemos que los seres humanos constituyen el centro de las preocupaciones relacionadas con el desarrollo sostenible. Sólo si admitimos que el *homo sapiens* y *ecologicus* tiene derecho a una vida saludable y productiva en armonía con la Naturaleza. Todas las vidas humanas, por degradadas que estén a causa de la pobreza o realizadas que estén por la salud, tienen idéntico valor.

VISIONES

Lo que pasa es que, ya en el siglo XXI, todavía hay hombres cultos, como el escritor Fowle (autor de *La mujer del teniente francés*), que afirman que el hombre es malo intrínsecamente: «somos demasiados y nos multiplicamos sin freno como un virus incontrolado. Pienso en todos los animales, plantas, aves, insectos que envenenamos, ellos que han sido el principal consuelo y mi placer de mis décadas de vida (...) Algún día la muerte de la naturaleza será irremediable, real e irreversible. Dejará de haber verdor (...) Por la forma yo podría pertenecer a la humanidad;

en realidad parezco un individuo de una horda de ratas hambrientas que se destruyen a sí mismas. Me alegro de que no exista dios. Si existiera, no puedo imaginar que nos permitiera sobrevivir un solo día más a nosotros, criaturas rastreras, miopes, insaciables y egocéntricas».

Otros intelectuales no son tan antihumanos, pero rebajan tanto al hombre que lo equiparan simplemente a otro ser vivo cualquiera. Son los conservacionistas primitivos. No establecen las esenciales diferencias entre el hombre y el resto de los animales, y creen que la máquina de la naturaleza funciona a la perfección sin la injerencia humana.

Es el caso de la escritora sueca Eva Moberg: «Encuentro patético que el hombre se llame a sí mismo *Homo sapiens*, ‘el hombre inteligente’. El hombre es increíblemente innovador, pero definitivamente no es muy inteligente. Consideramos nuestra civilización como la más desarrollada hasta la fecha. Con tanta razón, sí no más, podríamos denominarla la más estúpida, pues somos incapaces de ver más que un modo posible de ser y pensar, y continuamos trabajando contra nuestro propio interés en la firme convicción de que lo estamos promoviendo. Somos también lo suficientemente estúpidos para creer que todas las demás formas de vida y las demás culturas existen para nuestro provecho».

Por suerte para la especie humana, muchos otros intelectuales siguen confiando en el hombre. Constituyen la escuela del humanismo ecológico. Esta corriente reivindica el respeto hacia la naturaleza como parte de la preocupación real del hombre por las condiciones de vida de las personas, intra e intergeneracionales; y cuestiona el cuanto más mejor del crecimiento ciego, la endeble economía del bienestar y el consumo desmedido. El ser humano —sostiene— ha abusado de la naturaleza, no puede dominarla y explotarla de manera inmisericorde. Pero la naturaleza se diferencia de las casas construidas por el hombre, precisamente en que no ha sido construida: nos ha sido dada como un capital en buena parte desconocido, que debemos acrecentar con una sabia utilización —el interés, nunca el capital— de sus recursos naturales.

Los ecohumanistas (entre los que me incluyo) son conscientes de que el hombre es cualitativamente diferente y superior a los animales. No es un perturbador de la armonía discordante del cosmos. La poetisa argentina Norma Aleandro ha inmortalizado al hombre en su hermoso poema *Nosotros*:

«Es solitario
un animal que canta
nidófilo, mamífero
que levantó las patas delantera
y se puso en pie.
No es inmortal y se acongoja.
Articula la rigidez.
Desplaza la energía, la comprime
cuadrícula el planeta
lo especifica y lo que no está
lo arismetiza.

Amo profundamente a este animal
porque recuerdo el dolor
de ponernos en pie
y cómo lloramos de alegría
cuando pudimos navegar»

EN DEFENSA DEL SER HUMANO

Los seres humanos suministran más de lo que la sociedad demanda. «El combustible principal para acelerar nuestro progreso —escribió el economista Julian Simon— es nuestro stock de conocimientos y el freno, nuestra falta de imaginación»

Las personas que creen —como yo— en la bondad esencial de las criaturas están en condiciones de descubrir todos los secretos de la creación, de perfeccionarla continuamente. En la cadena de la vida, la naturaleza ha sido dada y confiada como tarea al hombre con el fin de que constituya para él no una simple fuente de recursos, sino para que sea el «fundamento de una existencia creativa en el mundo».

El hacer humano es positivo. El desarrollo y la prosperidad económica han favorecido un progreso sustancial de la calidad ambiental de la humanidad.

Esta bocanada de aire fresco no puede distraernos de nuestra primera obligación: conseguir el desarrollo integral de los más de 6.000 millones de seres humanos actuales sin secar la fertilidad y belleza de la madre Tierra y acrecentando la riqueza de la civilización, para que los nietos de nuestros nietos puedan vivir en paz con el planeta.

Todos nosotros, cada uno en su campo de trabajo, deberíamos recordar esta obligación. Pero una cosa es estar informados y otra conocer. Como dice Len Masterman, experto en la enseñanza de los medios de comunicación, el acceso a la información es necesario. Pero para crear conocimiento es preciso un tratamiento crítico. Es lo que yo pretendo con la otra mirada más humana de la ecología.

Cada vez somos más los que abogamos por conservar el medio ambiente con equidad situando a la persona en el centro de las preocupaciones relacionadas con la ecología, con derecho a una vida saludable y productiva en armonía la naturaleza. Es de justicia subrayar el potencial creativo de los hombres y las capacidades productivas que poseen cuando viven en sociedades bien organizadas.

FINAL ARMÓNICO

A estas alturas, ya no podemos seguir creyendo que la Tierra como una cerrada y aislada «nave espacial» —como la calificó Kenneth E. Boulding en 1966—, con unos recursos limitados que deben ser utilizados de modo racional y moderado para asegurar la supervivencia de la humanidad.

Esa hermética visión de la biosfera está cambiando. Y cayendo falsos conceptos de la ecología, por desgracia muy arraigados. Muchos científicos ya han abandonado viejas y erróneas ideas sobre la naturaleza. ¿También los profesionales de la información?